

MIGUEL DÍAZ DE ESPADA

EL
CORAZÓN
DEL
IMPERIO



ELLAS HABLARON.
ELLAS VIVIERON.
ELLAS CAMBIARON
LA HISTORIA.

MIGUEL DÍAZ DE ESPADA

EL CORAZÓN DEL IMPERIO

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Telefónica Audiovisual Digital, S. L. U., 2021

Coordinación Movistar+: Sofía Sánchez Manrique y Carlos Ramos

© Globalset, 2021

Coordinación Globalset: Belén Giménez e Israel del Santo

globalset 

© Miguel Díaz de Espada, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

© de las ilustraciones del interior: © Rebeca Valenciano, 2021

Primera edición: noviembre de 2021

Depósito legal: B. 16.046-2021

ISBN: 978-84-08-24613-8

Preimpresión: Realización Planeta

Impresión: Unigraf

Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible

Índice

Introducción. Lucrecia y las sabinas. Una violación y un rapto	9
I. Fulvia Flaca Bambalia. El César con falda	19
II. Cleopatra VII Thea Filopátor. Aquello que los dioses no ven	55
III. Livia Drusila. Puño de hierro. Guante de seda	91
IV. Agripina la Mayor. Los dioses labran desdichas...	125
V. Agripina la Menor. ... para que a los hombres no les falte qué cantar	143
VI. Boudica. Peleas como una chica	175
VII. Bacantes y vestales. Orgías, bacanales y una exigencia de castidad	197
VIII. Mujeres terribles. Una voz propia, un relato único	223
IX. Mujeres comunes. Con nombre propio	247
Epílogo. Julia Mesa. Nadie hablará de nosotras cuando hayamos muerto	263

I
FULVIA



FULVIA FLACA BAMBALIA

(77 a. C. - 40 a. C.)

El César con falda

Una cría romana corretea por un mercado de Roma. Va de aquí para allá y trata de subirse a cualquier árbol que esté a su alcance, o se queda fascinada contemplando los populares combates de boxeo callejero.

Las nodrizas griegas y la pareja de escoltas germanos que van tras ella dan un poco de pena. Estarán pensando en el marrón que les puede caer encima si a su ama le pasa algo. La niña se llama Fulvia y, salvo por el hecho de pertenecer a una familia de mucho dinero, está destinada a ser una más de los miles de mujeres romanas anónimas: cástate, ten muchos hijos, muere en silencio, fin.

En su caso, sin embargo, desde jovencita ha dejado claro que ella tiene otros planes, así que podemos imaginarla encaramada como un gato a las ramas de alguno de los muchos árboles que adornan Roma, chillando que no quiere bajar y tirándonos lo que tenga a mano, tratando de imitar a un boxeador con los nudillos y la cara ensangrentada, o lo que se nos ocurra. Total, lo único que podemos afirmar con seguridad es que de esta mujer, que en unos años dirigirá ocho legiones en combate, no sabemos prácticamente nada.

Sabemos tan poco que, dos mil años después, le hemos puesto un mote, Fulvia Flaca Bambalia, para darnos algo de vidilla. Lo hacemos en honor a su padre Marco Fulvio Flaco Bambalio. No, no te has equivocado al contar. Los romanos solían tener tres nombres y a este le han caído encima cuatro. Lo de *Bambalio* en realidad es un insulto, ‘tartamudo’, que le pone el simpático de Cicerón, pues parece que Bambalio no era muy hábil hablando en público. Al famoso orador este gracioso mote le acabará saliendo bastante caro.

Fulvia suele ponerse como ejemplo de mujer que se salta todas las convenciones de género y no es verdad. En sus menos de cuarenta años de vida se casa tres veces, siendo absolutamente leal a sus maridos, y cría a sus hijos lo mejor que puede y sabe, tratando de darles un futuro. Hasta aquí se comporta como una modélica matrona romana, solo ella hubiera sido capaz de contarnos por qué decidió ocupar el centro del poder político en uno de los momentos más fascinantes de la historia de Roma, las luchas de poder en época de Cicerón, Julio César y Octavio Augusto. Pero los únicos que van a contar su historia son sus enemigos, y ya sabemos cómo suelen acabar estas cosas: para los historiadores romanos, hablar de una mujer solo merece la pena cuando se trata de criticarla porque, según su criterio, actúa contra el orden natural de las cosas.

Ella es la última descendiente de una adinerada stirpe familiar tanto por parte de padre como de madre, pero no solo eso. Proviene de una saga de héroes populares, como los hermanos Graco, luchadores por los derechos de los más desfavorecidos. Bueno, eso les gusta contar a ellos, tampoco sería osa-

do pensar que algo sacarían a cambio, nadie da nunca duros a peseta, y mucho menos en Roma, donde todo está a la venta. Pero da igual, esto para la mentalidad romana tiene un valor simbólico enorme. Los hermanos Graco habían sido horriblemente asesinados, mientras trataban de mejorar las condiciones de vida de las clases populares, por las élites privilegiadas de la Ciudad, eran héroes y mártires por la causa. Y eso es lo que se cuenta en Roma de su familia y de la sangre que corre por sus venas.

A Fulvia conseguimos bajarla sacudiendo el árbol, con amenazas y gritos por ambas partes, justo a tiempo para el día de su boda. Sus padres han encontrado para ella al perfecto marido, acorde con los intereses de la familia, Publio Clodio Pulcro. Su nombre original es Claudio, pero hace poco que se lo ha cambiado a Clodio para parecer más cercano al pueblo llano, el otro sonaba demasiado a noble importante. El bueno de Clodio es justo lo que parece, un absoluto populista que piensa hacer carrera política como defensor de los desfavorecidos. De origen noble, se hace adoptar por un plebeyo para poder ser elegido tribuno de la plebe. Todo un personaje que, de haber nacido hoy, nos encontraríamos en todas las tertulias televisivas al ir cambiando de canal en canal.

Para. Estate quieta un momento y escucha atentamente, Fulvia, el día de tu boda es el más importante para cualquier niña romana. Hasta entonces puede que hayas sido solo una más en tu casa, una de tantas niñas y mujeres que comparten el mismo nombre. Viendo como tus hermanos, poco a poco, reciben privilegios y responsabilidades, mientras a ti te tienen encerrada tras los muros del hogar familiar.

Pero todo eso cambia cuando te casas. Todas las miradas recaen sobre ti, en los últimos tiempos te han ido avisando de lo importante que es este momento, de la gran responsabilidad que conlleva formar tu propio hogar y mantener además bien alto el nombre y el honor de tu familia.

Posiblemente te sientas un poco mareada por todas las atenciones, y sin duda muy ilusionada. Te visten como a una princesa, con un largo vestido especialmente blanqueado para la ocasión, ceñido con un amplio cinturón de lana anudado a la cintura. Un velo anaranjado te cubre toda la cara, dándote un aire misterioso y mágico, puedes ver a todo el mundo, pero ellos a ti no. Las bailarinas a juego con el velo les dan un punto delicado y sugerente a tus pies. El conjunto lo completa una elaborada diadema de flores blancas y amarillas sobre tu pelo trenzado, que te dan el aspecto que tienen las diosas que has visto en las estatuas. Temblando de nervios, miedo y emoción, depositas tus muñecas en un pequeño altar, dejando atrás tu infancia, y, a lo lejos, ves acercarse a tu marido. Lo más probable es que sea la primera vez que lo veas.

A las niñas en Roma (¿por qué hablamos de ellas siempre como «mujeres»?) las casan desde los doce años, quizás, con suerte, esperen hasta los quince. Pese a que la norma dicte esa edad mínima, la realidad puede ser más cruel, y hay lápidas, diseminadas por el Imperio, que conmemoran a chiquillas casadas con solo siete u ocho años y muertas pocos años después en un mal parto. Los romanos utilizan la expresión *viripotens*, que significa literalmente ‘que pueda soportar varón’, para reconocer el momento en que una niña está «preparada» para casarse. No le des muchas vueltas, «que pueda soportar varón» es exactamente eso que estás pensando, y sí, es tan repugnante como parece.

Es un error mirar el pasado con los ojos del presente, y es importante comprender las mentalidades de la época... Este discurso estaría muy bien si no piensas que en Roma los hombres, generalmente, esperan a los treinta o treinta y cinco años para contraer matrimonio. Una edad a la que, gracias a la relajada moral sexual romana en lo que a ellos afecta, ya tienen una amplia experiencia sexual con mujeres de todo tipo, libres, esclavas y prostitutas, o incluso con otros hombres. Una niña, en cambio, es solo un arma política en el mejor de los casos, y, si no, simplemente una boca más que alimentar a la que crías para que se la quede otra familia. Entender la mentalidad de una época está bien; comprender los privilegios de la élite es aún mejor.

Fulvia se admira en el espejo, con sus trenzas, sus flores y su velo del color del fuego. Se ve bien. En realidad, puede llevar cualquier otra cosa, no es que las bodas estén demasiado reguladas en Roma. De hecho, técnicamente solo hace falta que esté la novia, el marido puede escaquearse. A fin de cuentas, el mundo que va a cambiar es el de ella. De la misma forma que hoy te puedes casar con un chándal lleno de lamparones, pero casi todo el mundo elige el gran bodorrio, los romanos también prefieren sus tradiciones. Los invitados y los novios forman una gran comitiva nupcial, en dirección al nuevo hogar de la pareja, en la que se bebe y se cantan canciones en honor al dios Himeneo, intercaladas con chistes de mal gusto sobre lo que va a ocurrir en un rato (es sorprendente la facilidad de los romanos de pasar de la elegancia a la chabacanería más lamentable sin despeinarse). El nuevo hogar se bendice y un sacerdote dice unas pocas palabras.

La tradición también dicta que se unte sebo en los marcos de la puerta antes de cruzarla. Y no puede faltar que la novia traspase el umbral de la casa en brazos del marido o sus amigos. Puede que se te haya encendido una lucecita de alarma en el cerebro al pensar en el novio, a estas alturas ya borracho, atravesando una zona recién engrasada y llevando a su mujer en brazos, pero no. Gracias al siempre atento Himeneo, dios de los matrimonios, ese tipo de accidentes no parecen frecuentes en Roma.

De golpe, todo el mundo se va y tú, que hasta ayer jugabas con muñecas, te quedas a solas con un hombre que tiene la edad de tu padre. Sin ninguna experiencia, sin ningún consejo previo. Te has convertido en la matrona de la casa, eres la garante, el recipiente, del honor de tu familia y responsable de la economía doméstica. Tienes que satisfacer a tu marido, pero solo un poco, para no parecer una prostituta. Te habrán dicho que disfrutar del sexo es bueno para facilitar quedarte embarazada, pero otras personas te han comentado exactamente lo contrario, parece que llegados a este punto los médicos romanos se hacen un poco un lío y disparan contra todo lo que se mueve. Si se te empieza a olvidar hasta cómo te llamas, no te preocupes, lo raro sería mantener la calma.

Los moralistas romanos tienen un montón de buenos consejos sobre el matrimonio para darte. La noche de bodas es como ir a coger miel a una colmena. Si quieres probar la dulce miel, tienes que soportar el dolor de las picaduras de las abejas. Si quieres hijos, ya sabes lo que te toca. No te quejes, no llores, no molestes, no hables.

El derecho romano contempla dos tipos de matrimonios: *cum manu* y *sine manu*. Las diferencias entre la *coemptio*, la

confarreatio o el *usus*. Tocaría explicarlo en profundidad y ver cómo se va a gestionar la dote..., pero realmente no merece la pena: si tienes mucho interés, ve a mirarlo en Wikipedia. Aquí vamos a centrarnos en lo que a nosotros nos importa: la vida de nuestras mujeres romanas. Para ellas, en realidad, la diferencia entre un matrimonio y otro es poca. Durante toda su existencia seguirán siendo consideradas menores de edad, da igual que sea bajo la tutela de su padre, marido o cualquier otro hombre de la familia.

Fulvia, de quince años, y Clodio, de cuarenta, son el matrimonio de moda en Roma. A los romanos les encanta este tipo de bodas, les da para hablar de los resortes y mecanismos del poder; la prestigiosa y adinerada familia de ella uniendo fuerzas a las ambiciones políticas de él. Desde muy pronto algo empieza a salirse de los renglones de los libros de historia. Fulvia acompaña a su marido en sus apariciones públicas. Tal vez no tenga carácter como para quedarse encerrada en su casa sin más, o tal vez Clodio vea algo en ella, o simplemente quiera tenerla a su lado por la gran carga simbólica que acompaña a la familia de su mujer. Desde luego que Clodio demostrará ser un tipo con sentido del humor y capacidad para reírse de sí mismo (que viene a ser algo así como un test rápido de inteligencia), y Fulvia con el paso de los años no dará muchas muestras de docilidad o debilidad de carácter. Puede que sea un poco de todo.

La entrada en el edificio del Senado está vetada para ella. Por suerte, su marido realiza la mitad de su actividad política en un ambiente muy diferente. Clodio es el rey de los bajos fondos de Roma. Los *collegia* son una antigua tradición en Roma, una especie de asociaciones culturales que engloban todo lo que se nos pueda ocurrir; un grupo de vecinos que se

juntan periódicamente para cenar, un gremio de trabajadores o incluso un culto religioso. Bajo el paraguas legal de este tipo de asociaciones, Clodio hace algo mucho más peligroso, el *collegium* que él preside alista a todo tipo de matones, exgladiadores y legionarios veteranos.

Sin un cuerpo de policía en las calles o un sistema judicial eficaz, Roma siempre ha sido una ciudad con una violencia endémica. De ella se dice que, por las noches, la ciudad parece que ha abierto sus puertas y dejado pasar al enemigo. Clodio va un paso más allá, reclutando y organizando un verdadero ejército privado. No sabemos exactamente cuándo aparecen las primeras organizaciones mafiosas tal como las entendemos hoy en día, pero si quieres apuntarte esta fecha en tu agenda no irás muy desencaminado.

Por las mañanas, el matrimonio realiza el ritual de la *salutatio*. Es tradición que todos los clientes y amigos de la familia se acerquen hasta su casa para reafirmar su lealtad inquebrantable, mientras esperan recibir algún favor a cambio. La vida en Roma consiste en rascarle la espalda a alguien importante, esperando que alguien te la rasque a ti. Los más afortunados podrán acompañar a la pareja en su paseo diario por las calles y plazas de la ciudad, escoltados por los matones, aceptando los regalos que los mercaderes les ofrecen y disfrutando de la sensación de poder y miedo que emanan a su paso.

Y la pequeña Fulvia va comprendiendo los resortes del auténtico poder. Seguramente lo hace en silencio, y lo podemos suponer con bastante seguridad porque, de lo contrario, las fuentes hubieran corrido a chismorrear sobre cualquier comportamiento poco adecuado. Así que ella se fija en toda esa gente que corre a hacerles la pelota más descarada, en cómo su marido reparte promesas y favores, o la forma en que

sus matones pasean con cara de aburridos, aunque atentos a la mínima señal.

Los niños y las niñas de Roma tienen una educación similar hasta los doce o catorce años. Llegados a esa edad, las chicas son apartadas de las clases, pues se piensa que, si se van a casar, no tiene mucho sentido invertir más en ellas, ya irán aprendiendo a gestionar el hogar sobre la marcha. Pero la educación de Fulvia no se interrumpe. Sin mucho esfuerzo la podemos imaginar con quince años escuchando a su marido discutir sobre sus maniobras políticas o aprendiendo sobre el auténtico poder en las calles. Desde luego Fulvia es un ejemplo algo retorcido del concepto de igualdad de oportunidades. Si enseñas a alguien a ser un matón, da igual que lleve falda o pantalones, al final, tendrás un matón.

Esta noche es una noche muy especial para las mujeres en Roma. Celebramos los rituales de la diosa Bona Dea. Las mujeres han echado a sus maridos de sus casas, que acaban deambulando por calles y juntándose en tabernas con una sonrisa condescendiente en plan «sí, ya sabes, cosas de mujeres». Bona Dea es una de las deidades más antiguas, anterior a la fundación de la ciudad, diosa de la virginidad y la cosecha. Las mujeres más importantes invitan a sus amigas y parientes a sus casas para celebrar un rito del que sabemos muy poco. Si eres lector, y no lectora, este terreno está en realidad vedado para ti, ¡vergüenza debería darte atreverte a mirar, hombre! En fin..., pasa, pero estate quieto y no hagas ruido.

En casa de Pompeya Sila, a quien los pocos que la conocen solo la ubican como la esposa del romano más famoso de todos los tiempos, un grupo de mujeres preparan el ritual, sus

caras cubiertas con un velo. Van tapando con telas todos los bustos, mosaicos o cuadros en que se represente a un hombre. No puede haber nada que recuerde al sexo masculino. Se ve que ya han bebido bastante vino (en Roma nunca se ha bebido suficiente vino, al parecer), y varias de ellas acorralan a un gato macho tratando de echarle. Hasta las narices de todo, el pobre gato, que solo quería dormir calentito, se escabulle por una ventana perdiéndose en la oscuridad de los callejones. Le acompañan las risas de las mujeres.

Un ritual religioso no tiene por qué ser aburrido para ser serio. Están celebrando a la Bona Dea, la ‘buena diosa’, tan poderosa que no está permitido mencionar su verdadero nombre. Bailan alrededor de braseros encendidos, tan concentradas que los velos que cubren sus caras corren peligro de salir en llamas. Se intercambian cuencos con agua y espigas de trigo remojadas en honor a su diosa. Forman un círculo dándose las manos..., espera un segundo, una de las manos que tocamos es demasiado grande, sudorosa y torpe. Un hombre se ha colado en la fiesta. Gritando de enfado y sorpresa, las invitadas arrancan el velo del intruso.

Los romanos tienen la plusmarca mundial en dos disciplinas, que por suerte no han llegado a ser olímpicas: pintar penes en las paredes y meterse en líos absurdos. Hay que joderse, Publio Clodio Pulcro, ¿en qué demonios estabas pensando?

Aprovechando una ausencia de Fulvia, Clodio ha convencido a las mujeres del servicio doméstico para que le hagan un traje de matrona adecuado a sus dimensiones y le maquillen como mejor puedan. El resultado es algo parecido a ver a un orangután disfrazado para carnaval, pero es igual, Roma es una ciudad pobremente iluminada de noche donde todos los gatos son pardos.

Lo que tenía en la cabeza Clodio al liar esta astracanada solo podemos suponerlo. Se dice que tenía un lío con la *domina* de la casa, Pompeya Sila, pero anda que no hay días a lo largo del año que podía haber escogido para colarse en la casa. Tal vez una apuesta estúpida entre borrachos, o esa curiosidad universal de los hombres por saber qué hacen las mujeres cuando tienen una noche de chicas. La cara de Fulvia al ver llegar a su marido a la carrera, sujetándose las faldas de matrona y el maquillaje corrido, es sin duda lo mejor de esta historia. Puede que le ayudara a desmaquillarse, en silencio, mirándole fijamente con los ojos entrecerrados y sin abrir la boca. La misma mirada y silencio en el desayuno al día siguiente y sucesivos, hasta que Clodio se rindiera. Lo que es un hecho es que Fulvia se mantuvo a su lado. Por mucho que la hayan criticado, ella jamás abandonará a ningún marido, pariente o aliado, da igual el coste que comportara.

Las consecuencias de su payasada son bastante serias. En este momento, Pompeya es mujer de Cayo Julio César, *pontifex maximus* de Roma, y su casa es, por tanto, un recinto sagrado. Clodio es llevado ante los tribunales por violar un espacio sagrado, con el morbo añadido de acusarle de conductas afeminadas y travestismo; el juicio promete ser todo un *show*. Por cierto, hablando de permanecer leal a los tuyos, el gran Julio César aprovechará esta situación para divorciarse de Pompeya, su primera esposa (tenía mejores partidos en mente), con esa sentencia que ha pasado a los libros: «La mujer de César no solo ha de ser honesta, sino parecerlo». Conste en acta que, a pesar de esto, Julio César ha pasado a la historia como la personificación del honor romano, mientras que Fulvia, leal hasta las últimas consecuencias, es una puta lujuriosa, arrogante y asesina.

Frente a la pareja Fulvia/Clodio, en el estrado, ejerciendo como parte de la acusación, el mismísimo Marco Tulio Cicerón, el orador más famoso de todos los tiempos. Y en él sí que tenemos que fijarnos un poco, porque es el perfecto ejemplo de la Roma de este tiempo y de cómo su discurso ha llegado hasta nuestros días, incluyendo su visión de las mujeres.

Sin duda, no hay otro autor clásico con una producción literaria tan ingente como la suya. Cicerón lo ponía todo por escrito, llegando a hacerse acompañar de un escriba que iba tomando notas de sus ocurrencias. Escribía incluso los ensayos de sus intervenciones públicas, da grima solo de imaginarlo. Podemos decir que toda la fama de la que goza se debe a que comprendía el valor de la propaganda mejor que nadie. Nunca se dejó de leerle, ni durante la Edad Media ni durante el Renacimiento europeo o épocas posteriores, y así ha llegado hasta nosotros. El hombre hecho a sí mismo, el gran abogado y orador, el estoico romano. Nos hemos comido su discurso con patatas.

El Senado romano está dividido en dos bandos bastante permeables entre sí, *populares* y *optimates*, que, bajo nuestra mentalidad moderna, podríamos definir como muy conservadores los primeros y muchísimo más conservadores los segundos. Cicerón pertenece a los *optimates*: es un nuevo rico, un «hombre nuevo», que se decía entonces, defensor acérrimo de los privilegios de su facción en el Senado. Despreciado tanto por los que tienen dinero de toda la vida como por el bando *popular*, no es una persona con muchos amigos.

Su discurso más famoso, compuesto no hace muchos años, es aquel en el que destapa la conjura de Catilina para derrocar el gobierno de la república, que empieza así: «Hasta cuando, oh, Catilina, abusarás de nuestra paciencia». Se estudia en primero

de latín y realmente está muy bien. Menos conocido es el hecho de que seguramente él inventó esa conspiración y después escribió la perorata para presentarse como salvador de la patria, llevándose por delante, a las bravas, sin juicio ni nada, las vidas de unos cuantos que solo pasaban por allí.

Por todo esto Cicerón pidió ser llamado *padre de la patria* y solicitó a algunos conocidos que escribieran poesías épicas y laudatorias en su honor. En general se cachondearon bastante de él y no le hicieron demasiado caso, así que tuvo que escribirse los elogios él mismo como de costumbre.

En sus cartas se presenta como un pensador estoico abrumado por la decadencia moral de la República y las constantes luchas por el poder. En un plano menos teórico, él mismo suele protagonizar esas luchas por el poder, siendo un rico terrateniente con villas y tierras por toda Italia, además de poseer una especie de Airbnb de chabolas y casas mal construidas en Roma. En sus escritos se queja continuamente de lo mal que está todo y de lo difícil que sus inquilinos se lo ponen para seguir forrándose sin medida. Cicerón en general es muy de quejarse por cualquier cosa, es bastante llorica. Muy estoico él.

En la plaza del foro, Fulvia, rodeada por sus matones y clientes, observa el desarrollo del juicio, que pinta bastante mal para su marido. En el estrado Cicerón está pletórico de fuerzas, lleva el discurso bien ensayado y proyecta la voz con fuerza. Su público estalla en carcajadas mientras imita exageradamente el supuesto amaneramiento de Clodio.

—Publio Clodio, después de abandonar su túnica color azafrán, su turbante asiático, sus sandalias de mujer, sus cintas de púrpura, su sostén, sus escándalos y adulterios, se hace de

repente de la facción popular —arranca el orador entre grandes espavientos.

Clodio aguanta el chaparrón como puede. Fulvia tampoco se mueve, pero sus ojos siguen a Cicerón de un lado a otro del estrado. Espoleado por sus partidarios, parece haber cogido carrerilla.

—Clodio vive en el vicio: se rodea de mujeres de costumbres fáciles y de hombres disolutos que corrompen a los jóvenes. Hombres que, languideciendo por el vino, se rocían el cuerpo con perfumes, aman cantar y bailar desnudos. Hombres dados al estupro y a todas las lujurias.

Todavía le quedan perlas por soltar, completamente descontrolado.

—Un ser depravado, envilecido, monstruoso. Un demente, un ladrón, un criminal, la destrucción personificada, la peste, impúdico y vicioso por naturaleza.

Fulvia recuerda ahora a un boxeador que mira a su rival segundos antes de que empiece la pelea. La retahíla de insultos de Cicerón parece un sinsentido, pero sabe bien lo que hace, está calentando a la audiencia antes de lanzar un dardo final.

—Ha atentado contra nuestros cultos más sagrados, como los rituales de Bona Dea, provocado por sus instintos adúlteros hacia la *domina* de la casa, Pompeya, ¿qué pensará el honorable Cayo Julio César de esta intromisión en su honor?

Entre el público, hasta el más tonto sabe que algo se está cocinando. Hombres armados con palos se acercan a la tribuna de oradores y se despliegan entre la multitud. Fulvia sigue sin quitar un ojo de Cicerón, que es plenamente consciente de lo que pasa, pero no piensa ceder en su ataque. Hay que reconocer que es un profesional, la voz casi no le tiembla mientras retoma el hilo.

—No es más que un enemigo del Estado que, travestido y afeminado, planea destruir nuestras sagradas instituciones. —Algunos aplausos se mezclan con un pesado silencio.

Cicerón aguanta con dignidad lo justo antes de escabullirse por un lateral, pasando la patata caliente a los jueces. Fulvia tiene unos dieciséis años y acaba de experimentar en primera persona la esencia del poder en Roma. Parece que le gusta la sensación.

Todas las pruebas y testigos apuntan en su contra, la defensa posterior de Clodio es tan lamentable como un «yo ese día no estaba en Roma», está completamente acorralado.

Por poco que sepas de Roma, podrás imaginar que finalmente Clodio es absuelto de todos los cargos, la única víctima de todo aquello es la pobre Pompeya, de la que César se divorcia.

Hasta este momento, Fulvia tenía motivos para odiar a Cicerón, empezando por el mote de su padre, Bambalio, el tartaja. Este es el estilo de Cicerón, una mezcla de graves acusaciones e insultos personales dichos con bastante gracia que van dirigidos a las tripas de los romanos y no a su cerebro. Fulvia no piensa olvidar ni los insultos a su padre ni contra su marido. Atacarlos a ellos es atacar a su familia, su casa y su propio honor, por tanto. A fin de cuentas, ella es una perfecta matrona romana. A partir de este juicio, Fulvia y el orador se convertirán en, literalmente, enemigos mortales.

Los siguientes años son los mejores para el matrimonio. Con un pie en el Senado y otro en las calles, hay pocos delitos que no puedan cometer. Extorsión, soborno, tráfico ilegal de mercancías, amaño de elecciones y juicios, eliminación de ri-

vales por la vía rápida..., en Roma manda el imperio de la ley. La ley del más fuerte.

Fulvia en persona aparece en las entregas gratuitas de pan en los barrios más desfavorecidos. Un lugar como la Suburra no es el sitio donde uno espere toparse con una respetable matrona, pero a ella no parece importarles mancharse las manos. Uno a uno, con pequeños símbolos como este, logra que el pueblo los adore. A toro pasado es fácil juzgar con un poco de condescendencia este tipo de movimientos políticos, pero hasta el plan más sencillo se le tiene que ocurrir primero a alguien.

En poco tiempo Clodio es elegido tribuno de la plebe, que es un poco lo que parece, la voz del pueblo en el Senado. Más o menos. Una de sus primeras acciones es presentar una propuesta que prohíbe expresamente que cualquier ciudadano romano sea castigado por la ley sin un juicio previo. Parece que, dentro del famoso derecho romano, nadie había tenido en cuenta este detalle sin importancia: antes de condenar a nadie deberíamos juzgarlo. ¿En qué demonios afecta esto a Fulvia? Fácil. Años atrás, Cicerón resolvió la supuesta conjura de Catilina tirando por la calle de en medio, así que esta nueva ley provoca el exilio de Cicerón. Y así, sin que te haya dado tiempo a entender del todo cómo ha ocurrido, el marcador señala dos a cero para Fulvia.

Es enternecedor leer algunas de las cartas del filósofo en el destierro, una condena similar, por cierto, al veraneo de un multimillonario ruso en su yate por el mar Adriático. Escribe a su familia: «Me inunda un torrente tal de lágrimas que no puedo soportarlo..., no puedo ya escribir más, me lo impide la angustia». Y así páginas y páginas y más páginas, hasta que a

su leal escriba lo mismo le da por saltar por la borda del yate para buscar un trabajo menos pesado en las minas de sal en África. Pensemos ahora en la imagen que ha perdurado del estoico orador, años después, enfrentándose a la muerte de cara, ofreciéndoles el desprotegido cuello a sus asesinos. Algo no acaba de encajar.

El austero Cicerón vuelve de su exilio un tiempo prudencial después, dispuesto a establecerse de nuevo en su principal mansión en Roma, a tomarse unas merecidas vacaciones de sus vacaciones. A la cabeza de una nutrida comitiva de carros con todas sus posesiones, el filósofo dobla la última esquina en dirección a su añorada vivienda. Pero, en vez de su casa, se encuentra con Fulvia sentada encima de un montón de ruinas humeantes, como un dragón enroscado encima de su tesoro, vigilante. En estos temas los romanos no se andan con tonterías, si te echan de tu casa, te echan de tu casa. Una vez más, al orador le va a tocar salir por patas, esta vez perseguido de cerca por los *collegia* de Fulvia.

Así con todo, Cicerón puede ser muchas cosas, pero no es tonto. Comienza a armar su propio ejército privado, integrado por escuelas de gladiadores al completo, dispuesto a combatir el fuego con fuego. Los enfrentamientos en el Senado rápidamente tienen su réplica en las calles. Mala época para tener un puesto de fruta en Roma. Son los primeros en caer en cualquier pelea callejera.

Uno de esos combates entre ambos bandos, con decenas o cientos de hombres y mujeres acuchillándose y apaleándose, pilla por medio a Clodio. Tenemos que reconocerle que, durante este periodo de violencia en las calles, su marido no se esconde tras los muros de casa y las armas de sus hombres, sino que baja a pie de obra para estar junto a ellos.

Por desgracia para Fulvia, sus *collegia* vuelven a casa con el cadáver acuchillado de Clodio. Esto puede ser una desgracia para ella, pero una suerte para nosotros. Hasta este momento, todo lo que sabemos de Fulvia son suposiciones sacadas de leer entre las líneas de la historia de los hombres. Ahora, a sus veinticinco años, por un momento, ella ocupa el centro de la escena con todos los focos alumbrándola. Y Fulvia no piensa decepcionarnos. Ya hemos dicho que ella jamás traiciona a los suyos.

La fina lluvia le ha calado hasta los huesos, haciendo inútiles las capas de ropa. Es enero y el frío tampoco ayuda. Aun así, Fulvia se mantiene erguida como un poste en el centro del atrio de su casa. Viste de luto, la cara tapada por un fino velo negro. Junto a ella están sus hijos pequeños, una niña y un niño, ellos sí protegidos por pesados capotes. La madre parece indiferente a sus lloriqueos, una matrona romana debe permanecer estoica y no mostrar sus emociones en un momento como este.

El cadáver de Clodio reposa en el suelo, protegido por un palio, su túnica blanca de senador está desgarrada por las cuchilladas y empapada de sangre. Su cara, cubierta por las heridas y marcas de la paliza. El pequeño se adelanta, dispuesto a recitar una alabanza del muerto.

—Publio Clodio Pulcro, tribuno de la plebe, defensor...
—Su voz se quiebra, y es un sacerdote el que termina rápidamente por él—. ¡Todo está cumplido!

Ahora sí, los sirvientes y parientes del fallecido, que aguardaban entre las columnas del patio, rompen a llorar lamentándose por su pérdida.

Un hombre se atreve a acercarse hasta Fulvia, que continúa parada junto a su marido, sin mostrar ninguna reacción. Se trata de uno de los lugartenientes de su *collegia*, que le habla en voz baja.

—*Domina*, estamos listos, controlamos todos los accesos de aquí al foro. —Ella asiente levemente mientras su capitán continúa hablando—. Hoy no llevamos cuchillos. Se han repartido espadas entre todos los hombres.

Parece que duda ante la falta de respuesta de su señora. Intenta estirar la conversación frente a su silencio.

—Ni uno solo de los nuestros ha probado gota de alcohol. Denos la orden.

Por primera vez Fulvia responde con voz ausente.

—Soldado, ¿qué es lo que ves?

El matón no parece entender muy bien qué le están preguntando.

—¿*Domina*?

—Te he preguntado qué es lo que ves. —Por primera vez, Fulvia aparta el velo que la cubre.

El hombre da un paso atrás al ver su cara, manchada por la ceniza mezclada con la sangre provocada por los arañazos que se ha hecho.

Dos sirvientas se acercan hasta el cadáver, llevan una túnica limpia y aceite y agua para limpiar el cuerpo. Fulvia se lo impide con un gesto.

—Dejadle así, que todos puedan verlo —remata.

Ha anochecido y la marcha fúnebre que avanza por las calles de Roma es cada vez más numerosa. La precede un grupo de actores que bailan y gesticulan, sujetando las máscaras

mortuorias que representan a los antepasados de la familia. A toda prisa han conseguido terminar una que recuerda a los rasgos de Clodio. Fulvia, llevando de la mano a sus dos hijos, les sigue de cerca junto al ensangrentado cadáver de su marido, que es transportado en litera. Los acompaña el ruido de tambores y antorchas, muchas antorchas. Los hombres de Fulvia están por todos lados, armados hasta los dientes, aunque no parece muy necesario, la turba que los rodea llora la muerte de Clodio entre exclamaciones de dolor y muestras de respeto.

Los actores hacen gestos a los romanos para que se acerquen al cadáver, mostrando con exagerados ademanes todas las heridas y jirones de la túnica ensangrentada. Cada pocos pasos, un mimo vestido como Clodio representa su muerte, rodeado de cobardes enemigos que le acuchillan una y otra vez.

La procesión se desborda en el foro, donde Fulvia tiene planeado el acto final del espectáculo, un funeral que nadie en Roma pueda olvidar. Los gritos de dolor van dando paso a las consignas contra el Senado y los asesinos de su marido. Culpan a Cicerón y a los *optimates* de haber matado al defensor de los pobres, Fulvia ha convertido a su Clodio en un nuevo Graco. Sus hombres no se detienen en la plaza, sino que arrastran a la multitud hasta el edificio del Senado. Usando bancos a modo de ariete, rompen sus puertas y se lanzan a su interior, llevando el cuerpo de Clodio con ellos. Muebles, bancos y sillas, cortinas o tapices, todo lo que sea susceptible de arder es destrozado para formar una enorme pira en el centro de la construcción. Con delicadeza, los *collegia* depositan los restos de su señor encima y arrojan sus antorchas sobre el montón.

En el exterior, con la cara cubierta de cenizas y sangre, Fulvia ve arder el edificio.